

MARIA DE NAZARET

Fernando Tapia Miranda, pbro.



¿Cómo es nuestro acercamiento a María Santísima?

Nos es fácil acudir a la Virgen como Reina de los Cielos. Nos cuesta más entrar en su misterio de mujer y de mujer pobre, viviendo en un contexto socio-cultural profundamente patriarcal, excluyente, que relegaba siempre a la mujer a un segundo o tercer plano. Sólo cuando entramos en ese contexto, podemos calibrar la locura de Dios que hizo depender la salvación del mundo de la aceptación o rechazo de un ser insignificante según los criterios de la época.

He querido recoger aquí algunos de los rasgos de este contexto socio-cultural, utilizando los datos que trae el libro “María, Madre de Dios y Madre de los pobres”, escrito por dos teólogas brasileñas, una religiosa y otra laica: Ivonne Guevara y María Clara Bingemer.

Ellas señalan, en primer lugar, que en el Antiguo Testamento la mujer israelita, desde el punto de vista jurídico, era más una cosa que una persona. Antes del matrimonio ella estaba bajo la autoridad de su padre. En el matrimonio ella se transformaba en propiedad del hombre que su padre había escogido para que fuera su esposo. Este tenía que pagar al padre una suma de dinero por ella, una “dote”. Si el marido moría o sucedía que la mujer era repudiada, se la colocaba bajo la tutela de su hijo mayor o de su familia original, y si el marido había muerto, ella entonces tenía que esperar y ver si uno de los hermanos de su esposo deseaba casarse con ella. En todos los aspectos el hombre era más el propietario y amo que esposo o padre.

Esta condición de inferioridad y subordinación se hacía radicar en el cuerpo de la mujer:

- A causa de ella, Adán había pecado, porque ella se dejó seducir por el demonio, mujer-ser inferior, sujeto a las pasiones.

- Sus ciclos biológicos mensuales eran vistos como impureza. Durante la menstruación, las mujeres no podían cocinar para los judíos piadosos y cualquier lugar, persona u objeto que ellas tocaran, o sobre los cuales caminaran o se sentaran, se hacían impuros inmediatamente.
- El cuerpo de la mujer no tenía valor por sí mismo sino solo como un recipiente para la reproducción de la semilla masculina... la virginidad, la viudez o la esterilidad eran vistas como maldición divina.

A nivel de familia, también ocupaban un segundo lugar: hacia su padre tenían los mismos deberes que los hijos hombres: darle comida, vestido, lavarlo cuando mayores, etc. Pero no los mismos derechos: por ejemplo, derecho a la sucesión o derecho a la herencia. El padre tenía derecho a vender a su hija como esclava hasta antes de que ella cumpliera los 12 ½ años. En el matrimonio, la mujer debía obedecer a su esposo como a su señor y éste era un deber religioso. Ella debía fidelidad siempre. A él solamente se le prohibía cometer adulterio con mujeres casadas. El derecho al divorcio sólo lo tenía el hombre.

A nivel social, la mujer no tomaba parte de la vida pública. En público debía cubrir su rostro y su cabeza con un velo. Debían ser invisibles. Era mal visto hablar con una mujer en la calle.

A nivel religioso, por ejemplo, el culto – estaba totalmente en manos de hombres – no podían entrar en las partes más sagradas del templo. Debían estar siempre lejos del altar. Se les recomendaba no estudiar la Torah porque podían hacer mal uso de ella y se les prohibía enseñar. Una mujer no podía dar testimonio, enseñar a sus hijos o recitar la oración de la mesa. Tenían un lugar especial en las sinagogas, detrás de las rejas. En la legislación religiosa su situación era equivalente a la de los paganos, de los esclavos o los niños chicos.

Estas son algunas pinceladas del contexto socio-cultural en lo relativo a la mujer en el cual nació y se desarrolló María de Nazaret y posteriormente Jesús. Dios rompe totalmente este esquema y da inicio a un proceso de dignificación y liberación de la mujer, en primer lugar, al acudir a ella que era virgen y, en segundo lugar, al hacerlo directamente a ella - sin mediación de varón, ni del padre, para autorizar un eventual matrimonio, ni del esposo para engendrar al hijo prometido.

Y la virgen al responder a Dios, reafirma este proceso de dignificación y liberación, puesto que acepta la propuesta libre y responsablemente y, no sin antes, preguntar cómo podía ser aquello, ya que no conocía varón. María reaccionó como una joven mujer madura que gracias a su profunda vida espiritual no había internalizado la pasividad, la dependencia o el infantilismo que todo sistema patriarcal tiende a producir en la conciencia femenina.

Los relatos posteriores de la visita de su prima, del nacimiento o de la pérdida del niño en el templo por tomar solo los hechos de la infancia de Jesús, confirman su madurez, su firmeza, su valor y, humildemente, su conciencia de ser protagonista en la historia de salvación que Dios está escribiendo con su pueblo. “Ella guardaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”. Su hijo Jesús, en los largos años de Nazaret, aprenderá el valor y la dignidad de la mujer y le sorprenderá el trato que ellas recibían en su tiempo por parte de la sociedad. El reaccionará en forma distinta y el evangelio nos

muestra, el respeto, la delicadeza y el cariño con que trató a la mujer, siendo siempre para ellas una Buena Noticia de Salvación.

El Papa Francisco ha señalado muchas veces que el rol de la mujer en la Iglesia es un tema pendiente. Hace un tiempo decía: Es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia (...) Las mujeres están formulando cuestiones profundas que debemos afrontar (...) María, una mujer, es más importante que los obispos (...) Hay que trabajar más hasta elaborar una teología profunda de la mujer (...) En los lugares donde se toman las decisiones importantes es necesario el genio femenino". (Entrevista con el P. Antonio Spadaro, director de la revista "Luz Católica".)